

**TAN LEJOS, TAN CERCA.
EL GOBIERNO VASCO EN BARCELONA
Y LAS COMPLEJAS RELACIONES
ENTRE EL NACIONALISMO VASCO Y EL CATALÁN**

SO FAR, YET SO CLOSE.
THE BASQUE GOVERNMENT IN BARCELONA
AND THE COMPLEX RELATIONS BETWEEN BASQUE
AND CATALAN NATIONALISMS

Ludger Mees
UPV-EHU

Resumen: La cohabitación del Gobierno Vasco, hegemonizado por el Partido Nacionalista, y de la Generalitat hasta la caída de Cataluña en febrero de 1939 se realizó bajo el signo de una gran cercanía política, la que fue una de las condiciones que permitió a Aguirre y sus consejeros realizar una labor que desde la distancia histórica no deja de ser impresionante. El traslado a la capital catalana resultó atractivo también porque escenificaba perfectamente uno de los ejes del discurso nacionalista, a saber, el discurso de la solidaridad entre las naciones periféricas en su lucha por mayores cotas de autogobierno. Sin embargo, ampliando el foco analítico, el artículo revela que esta imagen de la sintonía y solidaridad propagada por los nacionalistas vascos contrasta con otros periodos de incompreensión, lejanía y recelos antes y después de 1938/39. En definitiva, el artículo pretende demostrar que detrás de la fachada del discurso oficial del nacionalismo vasco se escondía una realidad mucho más compleja y contradictoria.

Palabras clave: Nacionalismo vasco; nacionalismo catalán; Guerra Civil española; Gobierno republicano; II Guerra Mundial; exilio.

Abstract: The cohabitation of the Basque Government, hegemonized by the Nationalist Party, and the Generalitat until the fall of Catalonia in February 1939, was carried out under the sign of a great political proximity. This was one of the conditions that allowed Aguirre and his councillors to realize a work that,

looked upon from the distance of history, can really be considered impressive. The move to the Catalan capital was also attractive, because it reproduced perfectly one of the core elements of the nationalist discourse, that is, the discourse about the solidarity between the nations of the periphery in their struggle for higher levels of self-government. Yet, widening the analytic focus, the article reveals that this image of harmony and solidarity launched by the Basque nationalists stood in contrast with other periods of incomprehension, distance and suspicion before and after 1938/39. Concluding, the article pretends to show that behind the façade of the official discourse of Basque nationalism a much more complex and contradictory reality was hidden.

Key words: Basque nationalism; Catalan nationalism; Spanish Civil War; Republican Government; Second World War; exile.

1. De Santander a Barcelona

En el otoño de 1937 el Gobierno vasco ya era un gobierno sin territorio.¹ Tras el comienzo de la ofensiva franquista sobre Vizcaya a finales de marzo, la resistencia armada de las fuerzas leales pudo retrasar, pero no evitar la caída de Bilbao que el 19 de junio fue ocupada por los franquistas. El Gobierno vasco y su ejército tuvieron que retirarse a Santander, donde a finales de agosto se produjo la rendición de los soldados vascos ante las tropas italianas. Al no hacerse efectivas —básicamente por la oposición de los mandos franquistas y la tardanza de conseguir los barcos para la evacuación—, las condiciones del pacto secreto que habían negociado con los nacionalistas vascos, unos días más tarde, los italianos entregaron los algo menos de 30.000 prisioneros a la custodia de los militares franquistas. Este fatal desenlace del llamado «Pacto de Santoña» desencadenó la represión que segó la vida de 14 prisioneros tras haber sido condenados a muerte y fusilados el 15 de octubre.²

Sólo cuatro días más tarde, en una reunión celebrada en la capital catalana, los consejeros del Gobierno vasco decidieron formalmente establecer la sede de su gobierno en Barcelona. Previamente, en agosto del mismo año, cuando su partido, el Partido Nacionalista Vasco (PNV), se encontraba en pleno proceso de negociación secreta con los italianos, el lehendakari José Antonio Aguirre había rechazado la invitación del Presidente del Gobierno republicano Juan Negrín de trasladar la sede del Gobierno vasco a Valencia, donde ya se encontraba desde noviembre de 1936 el Gobierno republicano. Sin embargo, tras la definitiva caída del frente norte —los

¹ Este artículo forma parte de un proyecto de investigación subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. HAR2008-03691/HIST), en el marco de un Grupo de Investigación de la UPV/EHU (ref. GIU 07/16). Una versión todavía muy provisional pude presentar en el congreso «Barcelona, 1938. Capital de tres governs» (Barcelona, noviembre de 2008), organizado por la Fundación Carles Pi i Sunyer. Agradezco a sus participantes, así como a los dos evaluadores anónimos, sus sugerencias y críticas que, sin duda, han ayudado a mejorar la versión definitiva del texto.

² José Luis de la Granja, *República y Guerra Civil en Euskadi. Del pacto de San Sebastián al de Santoña*, IVAP, Oñati, 1990; Carmelo Garitaonandia, / José Luis de la Granja (eds.), *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 1987; Manuel González Portilla / Garmendia, José María, *La Guerra Civil en el País Vasco. Política y economía, Siglo XXI* / Universidad del País Vasco, Madrid, 1988; Juan Pablo Fusi, *El País Vasco 1931-1937*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002. Desde la perspectiva nacionalista, la fuente más directa sobre el «Pacto de Santoña» es Alberto Onaindia, *El «pacto» de Santoña: antecedentes y desenlace*, Laiz, Bilbao, 1983.

consejeros y líderes políticos vascos habían huido a Francia—, apremiaba una decisión sobre dónde debía ubicarse la sede oficial del gobierno. La decisión de establecerla en el exilio francés hubiera sido interpretada como un reconocimiento de la derrota y como una traición a la República. Como veremos, y contrariamente al ambiente inhibicionista que se estaba extendiendo entre buena parte de sus correligionarios del partido, el presidente Aguirre aún no albergaba dudas acerca del compromiso político y moral de continuar la lucha contra los sublevados, por lo cual se tomó la decisión de llevar el gobierno a Barcelona.

Esta decisión, por otra parte, resultó lógica fundamentalmente por tres razones: una estratégica, otra humanitaria y una tercera político-ideológica. Por una parte, era importante asegurar una comunicación fluida y sin demasiadas restricciones entre los líderes políticos vascos exiliados en Francia y el gobierno. Por otra, Barcelona y Cataluña en general, se habían convertido en tierra de acogida para miles de refugiados vascos que habían huido desde la caída de Gipuzkoa en septiembre de 1936 y, sobre todo, tras la orden de expulsión de los refugiados españoles en Francia de octubre de 1937. Aunque las estadísticas no son del todo concluyentes, Arrien y Goigogana calculan que a comienzos de 1938 había unos 100.000 refugiados vascos en Cataluña.³ Sin embargo, Joan Serrallonga, el autor que con más profundidad y precisión documental ha estudiado el tema, reduce esta cifra para el periodo entre junio y agosto de 1938 a «una cifra poc inferior als cinquanta mil»⁴, lo que, en todo caso, seguía siendo una cifra importante, detrás de la cual se vislumbraba la realidad de un grave problema humanitario de miles y miles de familias. Y, en tercer lugar, la decisión de trasladar la sede del Gobierno vasco a Barcelona tenía que ver también con el hecho de que la capital catalana era asimismo la sede del gobierno de la Generalitat, al que Aguirre y los nacionalistas vascos consideraban su más valioso aliado en la lucha por mayores cotas de autogobierno, incluso una vez perdido su territorio. De hecho, la idea de la

³ Gregorio Arrien e Iñaki Goigogana, *El primer exilio de los vascos. Cataluña 1936-1939*, Fundación Ramón Trias Fargas / Fundación Sabino Arana, Barcelona, 2002, p. 123 (existe también una edición en catalán de esta obra).

⁴ Joan Serrallonga i Urquidi, *Refugiats i desplaçats dins la Catalunya en guerra 1936-1939*, Ed. Base, Barcelona, 2004, p. 152. Serrallonga considera exagerada y poco realista la cifra de 125.000 refugiados vascos que para abril de 1937 da Ricard Altaba, el catalanista de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) que fue el primer secretario general de la «Delegación General de Euzkadi a Catalunya». Cf. *ibid.*, p. 51.

acumulación de fuerzas entre los nacionalismos periféricos frente al poder central del Estado contaba ya con una larga historia en el nacionalismo vasco, cuyo partido mayoritario, el Partido Nacionalista Vasco, era la fuerza hegemónica del Gobierno vasco. El propio Aguirre y los demás líderes de su partido habían convertido esta idea en uno de los ejes centrales de su discurso político durante los años de la República. Sin embargo, tal y como veremos a continuación, esta imagen de destino compartido y de solidaridad incondicional entre el pueblo vasco y el catalán que Aguirre y los nacionalistas vascos se esforzaban en propagar, escondía la realidad de una relación mucho más compleja y contradictoria. La pretendida, y en ocasiones lograda, cercanía política y estratégica entre los nacionalismos vasco y catalán competía con la realidad de una lejanía ocasionada por las diferencias estructurales entre dos realidades nacionales con contextos históricos distintos. Parafraseando el título de una de las grandes películas del cineasta alemán Wim Wenders, para el nacionalismo vasco y sus líderes Barcelona, Cataluña y el nacionalismo catalán les quedaban «tan lejos» y «tan cerca» a la vez. Con el fin de contextualizar la decisión de fijar la sede del Gobierno vasco en Barcelona conviene, por tanto, insertarla en el marco de estas relaciones históricas entre los nacionalismos vasco y catalán. Después analizaré los principales hitos de la gestión de la administración vasca durante sus casi 16 meses de actividad en Cataluña. Terminaré con una referencia a los primeros años del exilio, en la que la *cercanía* de 1937 y 1938 quedará sustituida por la fría lejanía entre el nacionalismo vasco y el entonces máximo líder del catalanismo, Josep Tarradellas.

2. El nacionalismo vasco y Cataluña: imagen y realidad

Como es bien sabido, el caso catalán tuvo una notable presencia en el proceso de formación del nacionalismo vasco.⁵ Sabino Arana Goiri, el

⁵ Sobre el nacionalismo vasco, sus orígenes y su evolución histórica durante la Restauración se pueden consultar las siguientes obras: Santiago de Pablo / Ludger Mees / José Antonio Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, tomo I: 1895-1936, tomo II: 1936-1979, Crítica, Barcelona, 1999 y 2001 (reed. abreviada 2005); Javier Corcuera, *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*, Taurus, Madrid 2001; Antonio Elorza, *Un pueblo escogido*, Crítica, Barcelona 2001; Jean-Claude Larronde, *El nacionalismo vasco: su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana-Goiri*, Txertoa, San Sebastián, 1977. En el I Coloquio Vasco-Catalán y los tres «Seminarios Euskadi-Catalunya» que se han cele-

fundador del PNV, pudo observar muy de cerca la evolución del movimiento catalanista cuando, entre 1883 y 1888 residía como —a la postre frustrado— estudiante de Derecho y Filosofía y Letras en la ciudad condal. Tras su regreso a Bilbao y el inicio de su actividad política, Arana usó el espejo catalanista para remarcar el perfil propio del nacionalismo vasco en contraste con un movimiento como el catalanista que, en opinión del fundador del PNV, en el mejor de los casos, podía considerarse como un regionalismo español. Nada tenía que ver, por lo tanto, la nación vasca, basada en criterios de raza, con el movimiento de una región española como era Cataluña.⁶

Poco después de la muerte de Sabino Arana en 1903 se produjo el primer episodio de cooperación vasco-catalana efectiva entre la Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa, fundada en 1905, y la Solidaridad Catalana constituida un año más tarde. Ambos organismos multi-partidistas compartían su origen en la protesta contra una medida legal puntual considerada como una restricción de la libertad y/o del autogobierno (Ley de Alcoholes en el caso guipuzcoano y Ley de Jurisdicciones en el catalán), combinando esta protesta con la movilización política de un hondo sentimiento identitario particularista. Las mutuas referencias, el intercambio de delegaciones y la escenificación pública de la solidaridad vasco-catalana no cambiaron el tradicional recelo de los nacionalistas vascos con respecto al catalanismo. El PNV se había quedado al margen de la Liga Foral por considerarla españolista, y Engracio Aranzadi, su máximo ideó-

brado en los últimos años, también se han tratado diferentes aspectos de las relaciones entre el nacionalismo vasco y el catalanismo. Cf. Manuel González Portilla / Jordi Maluquer de Motes / Borja de Riquer (eds.), *Industrialización y nacionalismo: análisis comparativos. Actas del I Coloquio vasco-catalán de Historia*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1985; *La institucionalització política: de les Constitucions històriques als Estatuts d'Autonomia (1808-2005): I Seminari Catalunya-Euskadi. Erakundetze politikoaz: iraganeko Konstituzioetatik Autonomi Estatuetara (1808-2005): I Mintegia Catalunya-Euskadi*, Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació, Barcelona, 2007; Joseba Agirreazkuenaga / Jaume Sobrequés (eds.), *II Seminario Euskadi-Catalunya. El Gobierno vasco y la Generalitat de Catalunya: del exilio a la formación de los Parlamentos (1939-1980)*, IVAP, Oñati, 2007. Las actas del tercer encuentro están todavía sin publicar. Cf. también el reciente artículo de Joseba Agirreazkuenaga, «Eusko-katalania eta politikoko eta kulturala: sorrera eta garapena (1876-1919)», *Sancho El Sabio*, 29, 2008, pp. 103-114.

⁶ Véanse, como ejemplos prototípicos del discurso aranista frente al catalanismo sus artículos «Minuta: Errores catalanistas», *Bizkaitarra*, 16, 31-X-1894, y «El catalanismo», *Baserritarra*, 18, 29-VIII-1897.

logo, rechazó tajantemente todo planteamiento de importar el modelo de la Solidaridad a tierras vascas a través de una ampliación de la Liga Foral, todo ello no sólo por españolista, sino también por anticatólico: Aranzadi no podía comprender que tanto en el caso de la Solidaridad como en el de la Liga guipuzcoana se llegase a establecer una alianza estratégica entre partidos republicanos y partidos monárquicos de derecha; no entendía, refiriéndose a la Liga guipuzcoana, cómo «los defensores de Cristo y los de Satán pueden abrazarse para oponerse a la desgravación de los vinos».⁷

Pasaron casi dos décadas hasta que se produjera la primera iniciativa política llevada a cabo conjuntamente por nacionalistas vascos, catalanes y, en este caso también, gallegos. En este tiempo, el nacionalismo vasco había evolucionado convirtiéndose en un partido conservador plenamente legal que combinaba la fidelidad a la doctrina radical y esencialista de su fundador con una práctica política más flexible y pragmática. A partir de 1917/18, e incentivado por su primer gran triunfo electoral a escala estatal en las elecciones al parlamento español en 1918, había ido abandonando definitivamente su tradicional rechazo a participar en la «política española». Fue precisamente esta moderación pragmática la que, entre otras razones, provocó la contestación del sector más radical e independentista del nacionalismo vasco, lo que en 1921 desencadenó la escisión del movimiento entre el ala mayoritaria moderada de la Comunión Nacionalista y el refundado Partido Nacionalista como articulación del sector minoritario más radical. Inspirado por el ejemplo irlandés, en esta ocasión fue este sector radical del nuevo PNV el que comenzó a insertar la lucha del pueblo vasco en un contexto geopolítico más amplio, lo que le condujo a superar también la clásica oposición sabiniana a cualquier tipo de cooperación con el catalanismo. Sin embargo, cuando el 11 de septiembre de 1923, en plena crisis del sistema restauracionista, en Barcelona se consti-

⁷ Cf. los artículos de Engracio Aranzadi titulados «Solidaridad euzkadiana: ¿es posible?», en *Gipuzkoarra*, 12, 15-VIII-1907; véase también Luis Castells Arteche, *Fueros y conciertos económicos: la Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa (1904-1906)*, L. Haranburu, San Sebastián, 1980; Ludger Mees, «La Euskadi invertebrada: el País Vasco en tiempos de la Solidaridad Catalana», en Gemma Rubí / Francesc Espinet (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya (1905-1909)*, Editorial Base, Barcelona, 2008, pp. 199-220; Joaquim Camps Arboix, *Història de la Solidaritat Catalana*, Destino, Barcelona, 1970; Borja de Riquer, «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques*, 2, 1972, pp. 93-140; íbid.: «Construcció i destrucció de la Solidaritat Catalana: el paper de la Lliga Regionalista», en Rubí / Espinet, pp. 47-67; Gemma Rubí, «Les eleccions generals de Solidaritat Catalana del 21 d'abril de 1907», en íbid., pp. 69-102.

tuyó el pacto de la Triple Alianza entre el PNV y varias fuerzas nacionalistas catalanas y gallegas, este pacto nació cojo al no contar con el apoyo de la Lliga Regionalista del ex ministro Francesc Cambó⁸ —la Lliga era el partido mayoritario de Cataluña— ni con la firma de la Comunità que no compartía su radicalismo.⁹ Al final, el acto de Barcelona y el manifiesto fundacional —un texto impregnado de un «maximalismo independentista y [un] radicalismo verbal»¹⁰— sólo tuvieron un valor más bien simbólico, puesto que la Triple Alianza desapareció dos días más tarde de su fundación con el golpe militar de Primo de Rivera y la posterior represión anti-nacionalista del nuevo régimen dictatorial.

Tras la reunificación de la Comunità y del PNV en 1930 —un hecho que había provocado la fundación de Acción Nacionalista Vasca (ANV) como partido del nacionalismo vasco autonomista, laico y republicano¹¹— y la instauración de la República, la idea de la acumulación de fuerzas entre los movimientos nacionalistas periféricos renació con intensidad en un contexto propicio. Si los nacionalistas vascos y gallegos necesitaban la concurrencia de los catalanistas para presionar al Gobierno republicano con el fin de acelerar el proceso de tramitación de sus respectivos Estatutos de Autonomía, la Generalitat necesitaba aliados para no quedarse aislada en el marco de una política republicana en la que se estaba produciendo el auge de la derecha más centralista. En este contexto, y tras salvar varios problemas de celos políticos entre los diferentes partidos, en el verano de 1933 se selló el pacto de *Galeuzca* que reunía, ésta vez sí, «a casi todos los nacionalistas de los tres países, pues los ausentes eran grupos de muy escasa entidad».¹² Para que ello fuera posible, el nuevo pacto eliminó cualquier referencia a ulteriores fines políticos, evitando a la vez todo tipo de retórica independentista. No era un pacto antirrepublicano, sino una alianza que buscaba consolidar y profundizar la vertiente auto-

⁸ En los gabinetes presididos por Antonio Maura Cambó fue nombrado sucesivamente ministro de Fomento (1918) y de Hacienda (1921).

⁹ Xosé Estévez, *De la Triple Alianza al Pacto de San Sebastián (1923-1930). Antecedentes de Galeuzca*, Universidad de Deusto, San Sebastián, 1991.

¹⁰ José Luis de la Granja, «La alianza de los nacionalismos periféricos: Galeuzca», en: íbid., *El oasis vasco. El nacimiento de Euskadi en la República y la Guerra Civil*, Tecnos, Madrid, 2007, pp. 217-246, cita p. 219.

¹¹ José Luis de la Granja, *Nacionalismo y II República en el País Vasco: estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca, 1930-1936*, Siglo XXI, Madrid, 2008.

¹² Granja, *Alianza*, p. 228. Cf. también Estévez, «Triple Alianza», *op. cit.*

mista de la República, lo que despertó de nuevo los viejos fantasmas anti-catalanistas entre los sectores más retrógrados y tradicionalistas del nacionalismo vasco.¹³

Si la indefinición política de *Galeuzca* había permitido conseguir el apoyo inicial de prácticamente todas las fuerzas políticas relevantes, esta heterogeneidad de partidos y grupos con intereses y circunstancias muy distintos pronto se reveló como un obstáculo insalvable a la hora de traducir los principios y propuestas fundacionales en una estrategia operativa común. Los intentos de constituir una alianza parlamentaria quedaron en agua de borrajas y el grave pleito que en 1934 enfrentó a la Esquerra (ERC) con la Lliga a raíz de la ley catalana de contratos de cultivo enterró definitivamente cualquier propuesta de reanimar a una *Galeuzca* que ya era un cadáver político. Al iniciar el PNV por estas mismas fechas su giro hacia el centro, debido básicamente a su confrontación con el Gobierno republicano del segundo bienio (movimiento de los ayuntamientos vascos en defensa del Concierto Económico; movimiento revolucionario de octubre de 1934), el pacto Galeuzca dejó paso a una ruptura con la Lliga y un mayor acercamiento entre el PNV y la Esquerra. La prueba más visible de esta nueva *entente* fue la retirada de los diputados nacionalistas vascos junto con los de ERC en protesta por la anulación de la Ley de Cultivos por parte del Tribunal de Garantías Constitucionales en junio de 1934.

Con la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 ambos partidos lograron sus principales objetivos: la restauración de la autonomía catalana, suspendida desde octubre de 1934, y, más tarde, ya en plena guerra, la aprobación del Estatuto de Autonomía vasco y la constitución del primer gobierno autónomo bajo la presidencia de José Antonio Aguirre en octubre de 1936. Esta nueva cercanía entre ambos partidos quedó sellada con la entrada en septiembre del mismo año de sendos ministros en el gabinete de Largo Caballero. Manuel Irujo, el ministro del PNV —con Largo como Ministro sin Cartera, luego (a partir de mayo de 1937) con Negrín como Ministro de Justicia primero, y más tarde (diciembre de 1937), después de varios amagos de dimisión, otra vez como Ministro sin Cartera— aguantó en el gobierno, pese a sus discrepancias y conflictos con diferentes aspectos de la política oficial, hasta agosto de 1938.

¹³ Cf. las críticas de Luis Arana y de Ceferino Jemein, hermano y biógrafo oficial del fundador, respectivamente, citadas en Granja, *Alianza*, pp. 226 s.

Según el político navarro, el motivo de su dimisión definitiva fue la «solidaridad con Cataluña» y con el ministro catalanista Jaume Aiguader, quien había anunciado su dimisión como acto de protesta contra la nacionalización de la industria armamentista catalana decretada por Negrín. A juicio de Irujo, esta pretensión de Negrín era una más de una lista de medidas que significaban una «acometida brutal del Gobierno central contra la Generalidad de Cataluña».¹⁴

Esta dimisión fue una nueva prueba de la cercanía que Irujo y el nacionalismo vasco sentían mayoritariamente con respecto a los catalanistas. Sin embargo, no se habían acallado del todo las voces críticas que, en sintonía con los postulados del fundador, rechazaban cualquier cooperación con los nacionalistas catalanes. Así, cuando el Euzkadi Buru Batzarra (EBB), el Consejo Directivo del PNV, planteó en noviembre de 1937 abrir una delegación en Barcelona para estar cerca del Gobierno vasco, afloraron las discrepancias. Dos de sus miembros defendieron que el PNV no debía actuar en el territorio español. Jesús Aguirregoitia y Carlos Solano argumentaron que «las autoridades del PNV, separatista y antiespañol, no deben ir a actuar a Cataluña» donde podía faltar la «libertad física y moral para fijar la orientación del Partido».¹⁵ Esta actitud, que se alimentó tanto de los clásicos recelos anticatalanistas como de la voluntad de dar por terminada la participación del nacionalismo vasco en la guerra, fue minoritaria y no consiguió un mayor eco, de manera que el EBB emuló al Gobierno vasco inaugurando en noviembre de 1937 un local que albergaba la delegación del partido, así como sendas delegaciones de su organización femenina *Emakume Abertzale Batza* (EAB) y del sindicato nacionalista afín *Eusko Langileen Alkartasuna* (ELA).¹⁶

¹⁴ Manuel de Irujo, *Un vasco en el Ministerio de Justicia*, Ekin, Buenos Aires, 1976, tomo I, citas p. 90. Además del decreto sobre la nacionalización de las industrias de guerra, Negrín había presentado también sendos decretos sobre la militarización de los tribunales de guardia y el traslado a Barcelona de la Sala especial para la evasión de capitales. Debido a su profundo disgusto sobre la ejecución de 58 presos condenados a muerte, el presidente Manuel Azaña firmó dos decretos, pero se negó a dar su visto bueno a la militarización de los tribunales de guardia. Cf. Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Taurus, 2.ª edición, Madrid, 2008, pp. 440 s.

¹⁵ Cita en *El Péndulo Patriótico*, II, pp. 43 s.

¹⁶ Arrien / Goiogana, pp. 172 s. Sin embargo, Doroteo Ziaurritz, el presidente del EBB en el exilio, continuó viviendo entre París y Anglet en el País Vasco-francés.

3. El Gobierno vasco en Barcelona

Cuando en octubre de 1937 el lehendakari Aguirre y sus consejeros decidieron trasladar formalmente la sede del Gobierno vasco a Barcelona¹⁷, pudieron contar ya con una nada desdeñable infraestructura organizativa levantada los meses anteriores. En octubre de 1936 existía en la ciudad condal un llamado *Secretariado Vasco* formado por refugiados vascos de distintos partidos políticos en respuesta a una iniciativa de ERC. En una conversación con el ministro Irujo se planteó la posibilidad de crear una Delegación del Gobierno vasco, tal y como ya funcionaba en Bayona. Así surgió en noviembre la «Delegación General de Euzkadi en Catalunya», cuyo primer secretario general fue el catalanista de ERC Ricard Altaba, quien había sido también el impulsor del Secretariado. Irujo desempeñó la función del primer Delegado. La Delegación se estableció en el mismo piso de la calle Valencia que había sido cedido por la Generalitat al Secretariado. En poco tiempo quedó pequeño el local y la Delegación tuvo que trasladarse a una mansión señorial en el Paseo Pi i Margall (antes de Gracia) que, según Arrien y Goiogana, había sido «cedida por sus propietarios sin carga alguna en el comienzo y sin obligaciones para el futuro».¹⁸ Según los estatutos, el objetivo principal de la Delegación consistía en «proporcionar al Gobierno vasco una representación adecuada que desarrolle su política, asista a los vascos residentes en Cataluña, proteja sus intereses y sirva de nexo de unión y acercamiento entre Cataluña y Euzkadi».

Pronto quedó patente que el problema más acuciante al que debía hacer frente la Delegación era la asistencia a los miles de refugiados

¹⁷ *Ibid.*, p. 231 («El Gobierno de Euzkadi acordó fijar su residencia oficial en Barcelona, en la reunión celebrada en esta ciudad el 18 de octubre de 1937»). Según el consejero Jesús María Leizaola, esta decisión se había adoptado en una reunión celebrada en Bayona en la primera semana de septiembre del mismo año. Cf. Juan Carlos Jiménez de Aberásturi, *De la derrota a la esperanza: políticas vascas durante la segunda guerra mundial (1937-1947)*, IVAP, Bilbao, 1999, p. 23. De todas formas, parece más verosímil la fecha de octubre. En una visita que Aguirre le hizo al presidente de la República Manuel Azaña el día 11 de octubre de 1937, no le comentó nada de este posible traslado de su gobierno. Al contrario, según las anotaciones de Azaña en su diario, Aguirre justificó en esta entrevista «que el Gobierno vasco se haya instalado en Francia, por la necesidad de atender a más de ochenta mil refugiados de su país». Cf. Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, vol. II, Crítica, 4. ed., Barcelona, 1981, p. 315.

¹⁸ Arrien / Goiogana, p. 125. El estudio de estos dos autores es básico al presentar un gran cúmulo de datos sobre las actividades del Gobierno vasco en Barcelona. Aquí también se encuentra la siguiente cita.

vascos, cuyo número no dejó de aumentar. Con esta finalidad surgió en enero de 1937 el Consejo de Asistencia Social presidido por el Delegado e integrado por representantes de diferentes organismos vascos de la capital catalana, así como de un representante del Comité Central de Ayuda a los refugiados de la Generalitat. Aunque sólo contamos con datos estadísticos puntuales sobre la labor asistencial de la Delegación y, en particular, del Consejo de Asistencia, sabemos que realizó una importante labor sobre todo en la asistencia sanitaria, así como en el pago de socorros inmediatos no reintegrables a los refugiados recién llegados, todo ello en coordinación con los correspondientes servicios de la Generalitat.

Como portavoz oficioso de la administración vasca y correa de transmisión hacia el colectivo de refugiados actuó el semanario *Euzkadi en Catalunya*, que entre diciembre de 1936 y diciembre de 1937 publicó un total de 55 números, así como un buen número de emisiones de radio.

Todas estas actividades, a las que hay que sumar la organización de actos propagandísticos como la *Setmana Pro-Euzkadi* celebrada a finales de mayo y comienzos de junio de 1937, requirieron un importante esfuerzo económico. A finales de 1936 había que atender a refugiados vascos repartidos en más de 40 refugios. Para ello, Irujo se vio obligado a pedir personalmente un préstamo y esperar a que llegasen los fondos prometidos por el Departamento de Hacienda del Gobierno vasco. Cuando éstos llegaron, sin embargo, su cada vez mayor implicación como ministro en el Gobierno republicano le restó mucho del tiempo que había dedicado a la Delegación en Barcelona¹⁹, de manera que pronto una sensación de gasto descontrolado y caos económico se apoderó de la Delegación. Esta situación generó las lógicas protestas no sólo por determinados sectores de los refugiados vascos, sino también de los responsables de la Generalitat que, a través de los ayuntamientos, atendía a los refugiados en cooperación con los vascos. Para corregir esta situación, el Gobierno vasco tuvo que enviar una delegación de inspectores del Departamento de Hacienda y nombrar en mayo de 1937 a Luis de Areitioaurtena, dirigente de ANV, nuevo delegado, en sustitución de Irujo.

Esta era la situación en la que se produjo la decisión de trasladar la sede del Gobierno vasco a Barcelona, una situación marcada por los es-

¹⁹ Paul Vignaux, *Manuel de Irujo. Ministre de la République dans la Guerre d'Espagne (1936-1939)*, Beauchesne, París, 1986.

fuerzos de racionalizar y mejorar la asistencia a los refugiados, por la llegada de una nueva oleada de vascos desde Francia y, tras los violentos enfrentamientos de mayo, por una mayor centralización de la política republicana. Como sede se eligió el mismo palacete en el Paseo de Gracia que había albergado a la Delegación, que cesó en sus funciones al ser absorbidos sus departamentos por las carteras correspondientes del gobierno. La presidencia se estableció en el palacio de Pedralbes, en el que residió también Manuel Azaña, el presidente de la República. Para las residencias de los consejeros se habilitó un complejo de viviendas en el barrio de Guinardó, aunque la mayoría de los mismos alternaba sus estancias en Barcelona con otras en Francia. Tampoco Aguirre residía de forma permanente en la capital catalana, a la que —desde París o el País Vasco francés— realizó, antes de la caída de la ciudad en manos franquistas, un total de seis o siete viajes de estancias más bien breves.

En el gabinete de Aguirre afincado en Barcelona hubo unos cuantos cambios. Por una parte, estaba vacante la cartera de Sanidad, cuyo titular había sido Alfredo Espinosa de Unión Republicana, quien había sido fusilado por los franquistas en junio de 1937. Debido a los conflictos internos de este partido, Aguirre decidió que el Consejero de Hacienda, el peneuvista Heliodoro de la Torre, asumiera provisionalmente la cartera vacante. Por otra parte, el Partido Comunista había ordenado a su consejero abandonar el gobierno. Juan Astigarrabía era acusado de «entreguismo» a la política *burguesa* del presidente Aguirre. Así, desde la caída de Santander, la cartera de Obras Públicas quedó vacante y el PC sin representación. Por último, Ramón Aldasoro, Consejero de Comercio y Abastecimiento de Izquierda Republicana, había sido expulsado de su partido por razones parecidas, pero Aguirre decidió mantenerlo sin representación oficial en el gobierno.

Estos cambios evidentemente reforzaron aún más la hegemonía del PNV en el Gobierno vasco que finalmente contó con las siguientes carteras en Barcelona:

- Presidencia y Defensa: José Antonio Aguirre (PNV);
- Comercio y Abastecimiento: Ramón Aldasoro (Izquierda Republicana; sin representación política desde septiembre de 1937);
- Asistencia Social: Juan Gracia (PSOE);
- Justicia y Cultura: Jesús María Leizaola (PNV);
- Hacienda: Heliodoro de la Torre (PNV);
- Sanidad: Heliodoro de la Torre (PNV);

- Gobernación: Telesforo Monzón (PNV);
- Trabajo: Juan de los Toyos (PSOE);
- Las carteras que faltaban (Agricultura; Industria; Obras Públicas) no tenían campo de actuación en Barcelona.

Analizado desde la distancia histórica y teniendo en cuenta las precariedades y estrecheces del momento, realmente impresiona el volumen y la intensidad de las actividades llevadas a cabo por la administración vasca (y en parte también por los demás organismos asistenciales dependientes de los partidos políticos y sindicatos vascos establecidos) en la capital catalana durante sus escasos 16 meses de estancia.²⁰ Estas actividades abarcaban un amplio abanico de medidas e iniciativas centradas, como era lógico, en las políticas de asistencia social. Deben mencionarse, sobre todo, el reparto del racionamiento a los refugiados, a través de una especie de «Concierto Económico» con la Generalitat²¹; la gestión de dos hospitales, una clínica dental y un sanatorio antituberculoso; la realización de emisiones radiofónicas; la apertura de una «Capilla Vasca»; la organización de grupos artísticos y corales, o también la reaparición del diario del PNV *Euzkadi*, que se publicó hasta el 22 de enero de 1939, cuatro días antes de la caída de Barcelona.²²

Menos fortuna tuvieron el lehendakari Aguirre y su gobierno a la hora de crear una potente unidad militar vasca para intervenir en el frente y, más tarde, servir como brazo armado del Gobierno vasco tras la ansiada reconquista del territorio vasco. Todavía antes de la caída de Santander, en julio de 1937, Aguirre había propuesto al presidente Azaña el traslado del ejército vasco desde la capital cántabra al frente de Aragón. Pese a que Azaña, que nunca tuvo una buena *química* con el presidente vasco,

²⁰ Para más detalles sobre lo que viene a continuación, se pueden consultar Arrien / Goigana, pp. 229-388; Jiménez de Aberásturi, *Derrota*, pp. 22-35.

²¹ Aguirre recordó más tarde los problemas en este ámbito, que llevaron al director de comercio del Gobierno vasco, el socialista Paulino Gómez Beltrán, dos veces a la cárcel: «En Cataluña, diciendo déjennos a nosotros nuestro reparto, dándonos exactamente igual por persona y cabeza, como a los demás, pero que lo administremos nosotros. Era un “Concierto Económico Alimenticio”, para entendernos. ¡Qué dificultades! Dos veces a la cárcel, fue detenido. Al fin se impuso y se alimentó en esta forma a casi 100.000 personas». Cf. José Antonio Aguirre, «Veinte años de gestión del Gobierno vasco (1936-1956)», en *Obras Completas*, Senda, San Sebastián: 1981, cita p. 976.

²² Sobre el diario *Euzkadi* como principal referente ideológico del PNV y su evolución durante la II República y la guerra se puede consultar José Luis de la Granja, «La ideología del PNV a través del diario *Euzkadi*», en: *ibid.*: *Oasis*, pp. 349-379.

ya le hubiese advertido de la «imposibilidad de realizarla» (la propuesta del traslado de las tropas),²³ el lehendakari hizo la misma gestión ante el Ministro de Defensa Indalecio Prieto, el Ministro de Asuntos Exteriores francés y el Presidente de la Generalitat, Lluís Companys. Al final, el proyecto fue rechazado por razones políticas y militares (necesidad de continuar luchando en Santander; recelos ante la existencia de una unidad armada no controlada por el Gobierno republicano; un permiso de tránsito de las tropas por territorio francés hubiera significado una violación de la política de no-intervención). En todo caso, una hipotética autorización hubiera chocado con otro gran problema de índole interna: mientras Aguirre estaba negociando la continuidad de los soldados vascos en la guerra, aunque en otro frente, su partido había alcanzado el ya citado acuerdo secreto con los italianos que llevaría a la rendición camuflada y, con ello, a la retirada de las tropas vascas de los campos de batalla. No ha de extrañar, pues, que las autoridades republicanas vieron en las propuestas de Aguirre, quien estaba al tanto, pero no directamente implicado en las negociaciones con los italianos, no el intento de salvar las tropas vascas para continuar la lucha en otro frente, sino una «máscara para quitarse bonita-mente de en medio».²⁴

Una vez en Barcelona, el Presidente vasco no cejó en su intento de lograr lo que en Santander no había conseguido. Su innato optimismo mantuvo vivas las esperanzas de que aún era posible ganar la guerra, lo que le acercó de alguna manera al Presidente del Gobierno republicano Juan Negrín. Para ello se sirvió de la Brigada Vasco-Pirenaica, cuyos orígenes se hallan en un decreto publicado por la Delegación del Euzkadi en Barcelona y firmado por el propio Aguirre a finales de mayo de 1937 en el que se facultaba a la Delegación a llamar a filas a todos los ciudadanos vascos en edad militar residentes en Cataluña. Esta brigada empezó a actuar

²³ «(...) Aguirre me pregunta qué tal estaría traer unas divisiones vascas a Huesca, para emplearlas en esa zona. Sin pararme a examinar los motivos de la propuesta (si es que tales divisiones no hacen falta donde están, cosa poco creíble; o que no quieren batirse fuera de su tierra; o que los bilbaínos no gustan de defender Santander...) le opongo la imposibilidad de realizarla: “¿Por dónde iban a venir? Por mar, es imposible, y por Francia no lo consentirían”. “¿Qué sé yo! Como heridos”. “¿Heridos? También son combatientes, si no quedan inútiles. Y a nadie le haría usted creer que íbamos a transportar quince o veinte mil heridos de una región a otra”». Cf. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 156 s.

²⁴ *Ibid.*, p. 240. Azaña resume con estas palabras uno de los argumentos que el Comité de Guerra del Gobierno republicano había esgrimido para rechazar la propuesta del lehendakari.

en el frente de Aragón, y más tarde en la batalla del Ebro y la defensa de Cataluña, pero nunca llegó a ser la unidad vasca, compacta y disciplinada al servicio del Gobierno vasco que Aguirre había querido. Al final quedó absorbida dentro del ejército republicano, cuyos mandos militares y políticos, sobre todo los comunistas, no veían con buenos ojos la pervivencia de estructuras militares particulares dentro del ejército. Palmiro Togliatti, el delegado de la Komintern en España, articuló estas críticas sin tapujos, personificadas en este caso en el ministro nacionalista Manuel Irujo:

Irujo debe ser considerado un traidor, que trabaja para la derrota. El hecho de que el Gobierno no se haya desembarazado de él es grave. Lo menos que puede decirse es que Negrín teme a los vascos, que están a punto de organizarse como un pequeño estado dentro del estado, con un Gobierno propio, una administración propia y la pretensión de tener un ejército «propio», una marina «propia», etc. Por conducto de los nacionalistas vascos se ejercen en el ámbito del Gobierno e incluso de las masas, las peores influencias.²⁵

La observación de que Negrín tuviera miedo a los vascos —y a los catalanes— es más bien fruto del pensamiento estalinista y centralista de su autor que una constatación basada en el conocimiento de la realidad política y militar que el Gobierno republicano vivía a finales del año 1937. Si los nacionalistas vascos seguían en el gabinete de Negrín, pese a la caída del frente del norte y del Pacto de Santoña, no era por ningún miedo de Negrín, sino básicamente por la función propagandística que cumplían en el marco internacional como aliados católicos de un gobierno tildado a menudo como «rojo», anti-católico y dominado por los comunistas. Los nacionalistas catalanes, por otra parte, representaban políticamente a una parte importante de la zona leal y su concurso político y militar en la lucha contra los sublevados resultaba imprescindible. Además, la República, según la Constitución de 1931, era un Estado integral que había abierto la puerta a la descentralización puesta en marcha a través de las autonomías catalana y vasca y, por ello, el hecho de haber podido incorporar al Gobierno republicano a los representantes de las fuerzas políticas mayoritarias de ambos gobiernos autónomos era también un importante símbolo de fuerza y cohesión.

²⁵ Cita de un informe de Togliatti del 25-XI-1937, reproducida en Jiménez de Aberásteri, *Derrota*, p. 35.

Pese a todas estas ventajas, también era cierto que la gestión de la enorme pluralidad política y social del campo republicano —en el cual la confrontación entre comunistas y anarquistas / anarcosindicalistas constituía otra de las fuentes de conflicto— era una tarea hartamente complicada. De hecho, la cohabitación de los tres gobiernos en Barcelona, lejos de facilitar la coordinación y el consenso, en palabras de Enrique Moradiellos, llegó a ser «un nutrido catálogo de mal entendidos y desencuentros derivados de una doble lógica antagónica: la voluntad negrinista de centralizar el mando y el uso de los recursos materiales y demográficos de Cataluña para ponerlos al servicio del esfuerzo bélico; y la voluntad catalanista de preservar sus competencias adquiridas desde el comienzo de la insurrección militar y de implantar una suerte de bilateralidad equitativa en las relaciones con el poder».²⁶ Evidentemente, el Gobierno vasco y su partido hegemónico, el PNV, compartían esa estrategia catalanista, de manera que Azaña en diciembre de 1937 habló del «Eje Bilbao-Barcelona» y su creciente presión sobre el Gobierno republicano.²⁷ Durante los últimos meses de la guerra, el conflicto entre la política centralista de Negrín y la defensa del autogobierno por parte de la Generalitat (y del Gobierno vasco) llegó a ser uno de los «conflictos irresolubles» de la República, para Gabriel Jackson fue incluso el «más complejo de esos problemas».²⁸

Sería exagerado e injusto atribuir a una supuesta tendencia *anti-catalana* (o anti-vasca) del jefe del Gobierno republicano los problemas con los nacionalistas catalanes y vascos. Tiene razón Ángel Viñas en afirmar que «Negrín no era en modo alguno anti-catalán o anti-vasco».²⁹ Pero, por otra parte, tampoco era un político con una sensibilidad especial para la cuestión autonómica, sino más bien un hombre caracterizado por la «profundidad de su convicción nacionalista española»³⁰, una convicción que se reflejaba, por ejemplo, en estas palabras de Negrín recogidas por Azaña en su diario:

²⁶ Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín*, Península, Barcelona, 2006, p. 306.

²⁷ Cit. *ibid.* La fuente es Manuel Azaña, *Causas de la Guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986, pp. 130-132.

²⁸ «Es posible que el más complejo de esos problemas fuera la relación política, psicológica, económica y estratégica entre el gobierno central republicano de España y el gobierno autónomo de Cataluña». Cf. Gabriel Jackson, *Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno de la II República*, Crítica, Barcelona, 2008, p. 280.

²⁹ Ángel Viñas, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona, 2009, p. 433.

³⁰ Moradiellos, p. 284.

Aguirre (...) no puede resistir que se hable de España. En Barcelona afectan no pronunciar siquiera su nombre. Yo no he sido nunca (...) lo que llaman españolista ni patrioter. Pero ante estas cosas, me indigno. Y si esas gentes van a descuartizar a España, prefiero a Franco. Con Franco ya nos las entenderíamos nosotros, o nuestros hijos, o quien fuere. Pero esos hombres son inaguantables. Acabarían por dar la razón a Franco. Y mientras, venga pedir dinero, y más dinero.³¹

Un año más tarde, en julio de 1938, Negrín se expresó en términos parecidos ante su amigo y subsecretario de Gobernación, Rafael Méndez:

No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino (...); estoy haciendo la guerra por España y para España. Por su grandeza y para su grandeza. Se equivocan los que otra cosa supongan. No hay más que una nación: ¡España! No se puede consentir esa sorda y persistente campaña separatista y tiene que ser cortada de raíz si se quiere que yo realmente continúe dirigiendo la política del gobierno, que es una política nacional.³²

En definitiva, tal y como lo han señalado Ucelay da Cal y Núñez Seixas, Negrín —apoyado en una «enorme campaña publicitaria»— se había esforzado en construir un «neopopulismo español» con un claro «mensaje neopatriótico», que había irritado profundamente a los nacionalistas catalanes y vascos.³³ En este ambiente de incomprensión mutua y reproches cruzados, la cooperación entre el Gobierno republicano y sus socios periféricos resultaba cada vez más imposible. Desde el Pacto de Santoña, entre los nacionalistas vascos emergía con cada vez mayor

³¹ Azaña, *Memorias políticas*, p. 176 (entrada del 29 de julio de 1937). Azaña justificaba esta opinión del jefe del gobierno: «El ánimo de Negrín respecto de los asuntos catalanes está justificado en general. Y en lo que tiene de extremoso, es disculpable; a condición de que no le prive de serenidad y buen juicio». Cf. *íbid.*

³² Citado en Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Temas de Hoy, Madrid, 2003, pp. 235 s. Tiene razón, por tanto, Miralles al afirmar (p. 235) que el amago de dimisión de Negrín en agosto de 1938 y su propuesta a Companys de sustituirlo en el cargo «resulta inverosímil aceptar como sincera».

³³ Enric Ucelay da Cal, «El pueblo contra la clase: populismo legitimador, revoluciones y sustituciones políticas en Cataluña (1936-1939)», *Ayer*, 50, 2003, pp. 143-197, cita p. 189; del mismo autor véase también *La Catalunya populista: imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, La Magrana, Barcelona, 1982; Xosé Manoel Núñez Seixas: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006, cita p. 412.

fuerza la convicción de que la guerra estaba perdida y que a los vascos no les correspondía seguir luchando para una causa que no era la suya. El desarrollo de la guerra iba confirmando estas perspectivas pesimistas. Cuando en abril de 1938 las tropas franquistas alcanzaron el Mediterráneo en Vinaroz, el nerviosismo aumentó incluso entre los consejeros del Gobierno vasco en Barcelona que se dieron prisa para tramitar sus pasaportes y poder huir a Francia. Hizo falta un toque de atención del lehendakari, quien había recibido información sobre el «clima de un cierto pánico» que esta información sobre la actitud de sus consejeros estaba generando en el colectivo de refugiados vascos, para que éstos reconsiderasen su decisión de abandonar Cataluña inmediatamente y lo hicieran de forma más escalonada.³⁴

Como era natural, en este clima recobraron mayor fuerza aún los intentos de conseguir un final de la guerra a través de la mediación internacional. Uno de los primeros en moverse en este terreno fue el Presidente Manuel Azaña, quien ya en el invierno y la primavera de 1937 había comenzado a propagar la idea de una negociación entre las dos partes, bajo presión internacional, que condujera a una «suspensión de armas», que era una especie de tregua sin reconocimiento formal del bando franquista. Conforme iba evolucionando la guerra, y a la vista de las sucesivas derrotas militares, Azaña llegó a la conclusión de que la República no podía ganar la guerra y que «el esfuerzo por reconstruir el Estado, el ejército y la autoridad del gobierno conducirían a un desastre si su propósito consistía en alcanzar a toda costa, y frente a las evidencias contrarias, el triunfo militar».³⁵ Esta convicción le alejó cada vez más del presidente del gobierno, lo que en julio de 1938 le llevó a presentar en una reunión secreta a John Leche, el encargado de negocios británico ante la República, un plan de paz que incluía la salida de Negrín y de los comunistas del gobierno. Esta iniciativa, realizada a espaldas de Negrín, fracasó al considerar el *Foreign Office* inviable cualquier acuerdo con Italia o Alemania que no contemplara la rendición incondicional de la República, exigida por éstas últimas.³⁶

Nacionalistas vascos y catalanes compartieron con Azaña la convicción acerca de la intervención internacional como prácticamente única

³⁴ Acta de reunión del EBB, 30-V-1938, cita en Arrien / Goiogana, p. 177.

³⁵ Juliá, p. 425.

³⁶ Cf. el telegrama del Ministro de Asuntos Exteriores, Lord Halifax, a John Leche, citado en Moradiellos, p. 380.

manera de frenar a Franco. Un informe oficioso de la delegación de la Generalitat en Londres lo expresó de forma clara: la idea de la resistencia hasta las últimas consecuencias era expresión del «espíritu numantino», de la «intransigencia tradicional de la mentalidad española», que no llevaba a ninguna parte y con la que los catalanes y los vascos no estaban de acuerdo:

Els catalans —i en aquest punt estaven d'acord amb els bascos— sempre van defensar la teoria que la millor solució per a la guerra era una pau de compromís. Aquesta posició era resultat del seu seny polític i de la por als radicalismes. S'adonaven que la pau i el procés de reconstrucció que seguiria a la lluita eren més importants que la mateixa guerra.³⁷

Sin embargo, definitivamente a partir de la primavera de 1938, el motivo principal que guiaba a los nacionalistas catalanes y vascos y su propuesta de «paz de compromiso» no fue salvar la República, sino asegurar a sus respectivos pueblos una posición geopolítica ventajosa en el escenario post-bélico. Aquí, el lehendakari Aguirre tuvo un protagonismo especial que ejerció en estrecha cooperación con el presidente Companys. En abril de 1938, Aguirre todavía fue víctima del desconocimiento y desinterés que en amplios círculos de la política europea reinaba con respecto al problema vasco. No consiguió entrevistarse con dirigentes conservadores de gran importancia como el Secretario de Asuntos Exteriores Robert Anthony Eden o con el líder Winston Churchill que pensaban que se trataba de un periodista.³⁸

Poco después, sobre todo gracias a la excelente red de contactos que en Londres cultivaba el delegado del Gobierno vasco José Ignacio Lizaso,

³⁷ Cf. «Informe sobre la República i la Guerra Civil», en Mireia Capdevila i Candel (ed.), *La República i la guerra civil explicades als britànics. Documents d'Història de l'Arxiu Pi i Sunyer 3*, Barcelona, 2006, pp. 23-239, cita p. 134. Este informe inacabado y finalmente no entregado al gobierno británico es de septiembre de 1939. Sus autores son Josep Maria Batista i Roca, el primer representante oficial de la Generalitat en Londres a partir de abril de 1938; Pere Bosch Gimpera, ex rector de la Universidad de Barcelona y desde junio de 1937 hasta el final de la guerra *Conseller* de Justicia de la Generalitat; Carles Pi i Sunyer, *Conseller* de Cultura y, a partir de abril de 1939, representante oficial de la Presidencia de la Generalitat en Londres; y el médico Josep Trueta. El texto inédito original está en inglés y ha sido traducido al catalán por los responsables de la edición.

³⁸ Cf. *El Péndulo Patriótico*, II, p. 67.

los nacionalistas vascos y los catalanes consiguieron entrar en el *Foreign Office* británico.³⁹ El delegado de Companys, Josep Maria Batista i Roca, se había puesto en contacto con Lizaso para averiguar cómo podía obtener acceso al gobierno británico. Lizaso lo veía «un poco desorientado con respecto a lo que habría que hacer». Según el delegado vasco, no traía «ni orientaciones ni plan» o «instrucciones concretas» por parte del presidente catalán.⁴⁰ Al final, en los meses de mayo y junio de 1938, Batista consiguió hablar, él o acompañado por Lizaso, con altos representantes del *Foreign Office* y entregarles memorandos que reflejaban la postura de los gobiernos catalán y vasco: petición de mediación en el conflicto bélico, presencia de los catalanes y vascos en las hipotéticas conversaciones de paz, respeto a las autonomías en ambos territorios en la nueva situación post-bélica y referéndum en Cataluña y en Euskadi, bajo supervisión internacional, acerca de dos cuestiones: una, la naturaleza política del futuro gobierno, y dos, la posibilidad de ampliar los poderes de los países autonómicos. Otro referéndum sobre la forma de Estado había que llevar a cabo en el resto del Estado.⁴¹

Los británicos dieron la impresión de ser receptivos a las peticiones, pero exigieron una intervención ante el Gobierno republicano para facilitar la retirada de los voluntarios internacionales. Al conocer esta postura, Aguirre telegrafió inmediatamente al ministro Irujo para que interviniera en este sentido con el fin de poder presentar la hipotética retirada de los voluntarios como fruto de la política de los gobiernos vasco y catalán.⁴² De hecho, esta posibilidad de retirada de los voluntarios internacionales ya figuraba entre los famosos 13 puntos que Negrín publicó el 30 de abril, una posibilidad que finalmente se convirtió en realidad a finales de octubre tras el gran acto de despedida popular celebrado en Barcelona. Con todo, y pese a no rechazar formalmente la propuesta vasco-catalana, los británicos no le dieron ninguna importancia. Desde una perspectiva histórica, tal y como ocurrieron las cosas, se puede, efectivamente, afirmar que

³⁹ Cf. Gregori Mir, *Aturar la guerra. Les gestions secretes de Lluís Companys davant el Govern britànic*, Proa, Barcelona, 2006.

⁴⁰ Cf. carta de Lizaso a Aguirre, Londres, 21.4.1938, citada en Arrien / Goiogana, p. 255.

⁴¹ La traducción al catalán del memorándum entregado a Lord Halifax el 24 de junio de 1938 está publicada en Mir, pp. 192-199. José Ignacio Lizaso entregó un texto prácticamente idéntico, en el que sólo el anexo hacía referencia a las características geoestratégicas, históricas y políticas de Euskadi.

⁴² *Péndulo Patriótico*, II, p. 67.

el plan era «ilusorio e irrealizable»⁴³, porque, primero, el *Foreign Office* no tenía ningún interés en embarcarse en un proyecto que podría provocar a Alemania, y, segundo, por el mismo problema que poco después sería evocado ante Azaña: Franco estaba a punto de ganar la guerra y no necesitaba mediación alguna. Sin embargo, tampoco debe olvidarse que, cuando Lizaso y Batista i Roca entregaron sus primeros memorandos, el propio gobierno británico se encontraba explorando otra vía de mediación a través de la Italia de Mussolini al considerar Chamberlain que la guerra de España estaba poniendo en peligro la paz en Europa. Finalmente, la intransigencia del dictador italiano abortó también esta iniciativa.⁴⁴

A finales de septiembre, la claudicación de Francia e Inglaterra ante la Alemania de Hitler en la cumbre de Munich y su consentimiento a la entrega de los Sudetes al dictador alemán supuso un cambio del panorama, porque alejó momentáneamente el inicio de la II Guerra Mundial y, en consecuencia, dispó en buena medida las esperanzas de Negrín (y de Aguirre) de que la internacionalización del conflicto con la implicación directa de Francia y de Inglaterra traería una última oportunidad para la victoria de la República. Ante este revés, parecía necesario realizar un nuevo esfuerzo diplomático, que en la bibliografía especializada ha sido caracterizado como una «deserción»⁴⁵, un «estrambote»⁴⁶ o «una puñalada por la espalda al Gobierno de la República».⁴⁷ Sin embargo, quizás convenga recordar algunos hechos con el fin de contextualizar debidamente esta nueva iniciativa de los dos presidentes autonómicos. En primer lugar, tras la resolución de la crisis de agosto con la salida de los ministros del PNV y de ERC del gabinete de Negrín, ya se habían roto los últimos vínculos formales que habían unido a los nacionalismos vasco y catalán con el gobierno de Negrín quien, por otra parte, se encontraba también cada vez más cuestionado por el presidente Azaña y el sector socialista capitaneado por Indalecio Prieto. Esta salida del gobierno proporcionó una mayor libertad de movimiento a Companys y a Aguirre, pero les quitó al mismo tiempo el único arma con el que podían hacerse escuchar en sus

⁴³ Moradiellos, p. 370.

⁴⁴ Ángel Bahamonde / Javier Cervera, *Así terminó la guerra de España*, Marcial Pons, 2.^a edición, Madrid, 2000, pp. 102-109.

⁴⁵ *Íbid.*, capítulo 6.1.2: «La otra deserción: los nacionalismos vasco y catalán», pp. 286-293.

⁴⁶ Juliá, p. 441.

⁴⁷ Viñas, p. 431.

contactos con los británicos: su poder de presión moderadora sobre el gobierno de Negrín para restar la influencia de los comunistas y empujar al jefe del gobierno hacia una postura más receptiva ante iniciativas de mediación.⁴⁸

En segundo lugar, en octubre de 1938 el desenlace de Munich y el desarrollo de la guerra en España habían convertido prácticamente en certezas las sospechas de que, en circunstancias normales, una victoria militar de la República era imposible. En este contexto, un armisticio acompañado por negociaciones de paz significaría también parar la producción de muertos y evitar el dolor y el sufrimiento de miles de familias. Y, finalmente, en tercer lugar, es cierta la afirmación de Gregori Mir que la inequívoca reivindicación del derecho a la autodeterminación catalana y vasca, así como la adopción de una postura de «equidistancia» entre los dos «extremos» que estaban luchando en España, no debe equipararse necesariamente a unas gestiones «contra la República». En este sentido cabe recordar que el memorándum de octubre incorporaba y, por lo tanto, revalidaba el de junio, en el que se articulaban propuestas de paz para todo el Estado con el fin de «salvar una forma de democracia a Espanya».⁴⁹ Además, tras el acuerdo de Munich, los mandatarios autonómicos intentaron convencer a los británicos de que la metodología utilizada para resolver la crisis checoslovaca podía ser útil también a la hora de favorecer un «acuerdo final en España». Para ello, a su juicio, era preciso aplicar los cuatro principios básicos de Munich: autodeterminación, plebiscito, control internacional, ocupación de determinadas áreas territoriales por fuerzas internacionales.

Con todo, era evidente —y en cierta medida lógico— que cuando Lizaso entregó en octubre los ya mencionados dos nuevos memorandos al *Foreign Office*: uno de Aguirre y otro de Companys, la principal preocupación de los nacionalistas vascos y catalanes no era la República, sino la suerte de Euskadi y de Cataluña. En un telegrama, el lehendakari aprovechó la ocasión para felicitar a Chamberlain por el éxito de la conferencia de Munich, un éxito que, a juicio de Aguirre, había sido posible gracias a la aceptación del principio de autodeterminación de los Sudetes, lo que curiosamente era el mismo punto por el que Franco —que había estado muy preocupado por el desenlace de la crisis— felicitó a Hit-

⁴⁸ Mir, p. 353.

⁴⁹ *Ibid.* La versión catalana del memorándum del 12 de octubre; *ibid.*, pp. 282-286.

ler.⁵⁰ Si en los textos anteriores se había requerido la mediación de Gran Bretaña y el respeto a la autonomía vasca y catalana, ahora se comparaban los casos de Euskadi y Cataluña con el de los Sudetes para reivindicar también la autodeterminación para las dos primeras. La existencia de una Euskadi y Cataluña independientes se presentaba como una baza en un futuro conflicto bélico al asegurar la frontera pirenaica y la producción de la industria pesada de Vizcaya que se pondría al servicio de Inglaterra y Francia. En noviembre todavía siguió otro informe remitido al *Foreign Office* por el hermano de Sabino Arana y ex dirigente del PNV Luis Arana Goiri. Luis Arana dio otro paso más, descartando ya abiertamente la posibilidad de una victoria republicana y proponiendo la constitución de dos Estados-tapón bajo el protectorado de Inglaterra y Francia. Así, Euskadi y la «República Catalano-Aragonesa» se convertirían en fieles aliados de las dos potencias en el caso de que se produjera una agresión alemana.⁵¹

Esta iniciativa de Luis Arana fue un acto individual perpetrado por un ex líder del PNV que había abandonado su partido al comienzo de la guerra y no contaba con más influencia que la de su apellido. Sin embargo, hoy ya es conocido que Aguirre no sólo estaba al tanto de este viaje de Arana, sino que incluso ordenó a su delegado en Londres prestar a Arana todas las facilidades para que su iniciativa llegase a buen puerto. Más tarde, también el consejo directivo del PNV se congratuló de que Arana había planteado «muy bien nuestro caso».⁵² Lo que no parece probable es que la Generalitat haya tenido algún conocimiento de esta iniciativa que fusionaba de un plumazo Cataluña con Aragón. El memorando de Luis Arana fue, por lo tanto, la excepción que confirma la regla de que en el otoño/ invierno del año 1938 existía una perfecta sincronización política entre el Gobierno de Euzkadi y la Generalitat, sobre todo en el ámbito internacional, en el que, según Viñas, «los nacionalistas vascos y catalanes obraban de común acuerdo».⁵³ Esta radicalización, reflejada por el paso

⁵⁰ Cf. Paul Preston, *Franco. Caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 2002, p. 348.

⁵¹ Cf. *El Péndulo Patriótico*, II, pp. 69 s.; Jiménez de Aberásturi, *Derrota*, pp. 120-124; Bahamonde / Cervera, pp. 288-290.

⁵² Documento del EBB citado en *El Péndulo Patriótico* II, p. 70.

⁵³ Viñas, p. 432. Sin embargo, a partir de noviembre las relaciones entre el nacionalismo vasco y el catalán en el ámbito internacional se iban a enfriar notablemente. Una de las razones principales fue el enfado de Manuel de Irujo con una iniciativa aislada de Batista i Roca, quien había enviado un nuevo memorándum personal a Halifax, en el que, además de alabar el papel «brillante» que Mussolini había jugado en Munich, constató

de los planteamientos más autonomistas en los primeros textos a las reivindicaciones independentistas en los memorandos de Aguirre y Companys, al menos en el caso del presidente vasco, era consecuencia de una adaptación estratégica a un nuevo contexto, en el que confluyeron básicamente dos factores: uno, como ya se ha dicho antes, la convicción de que la victoria militar de Franco era inevitable y por ello la República había dejado de existir, y dos, ante esta previsible desaparición de la República, Euskadi y Cataluña tenían las manos libres para negociar a nivel internacional otras formas de autogobierno más ambiciosas que la autonomía dentro del Estado integral que era la II República. En definitiva, el nacionalismo vasco como fuerza hegemónica del Gobierno se encontraba en los prolegómenos de un nuevo movimiento de su péndulo que, en esta ocasión, había iniciado el giro desde el realismo pragmático hacia el radicalismo independentista.

Todos estos esfuerzos, empero, no tuvieron la más mínima recompensa. La política del *appeasement* y de la no-intervención mantenía maniatados a los gobiernos francés e inglés. Por otra parte, Franco, catapultado por sus victorias militares, no tuvo ningún interés en negociar nada. En este contexto comenzó a finales de diciembre de 1938 la ofensiva definitiva sobre Cataluña. El 21 de enero, el gobierno de Negrín celebró su última reunión en Barcelona antes de retirarse a Figueres. Pocos días más tarde, también el Gobierno vasco inició la evacuación de su personal y de sus bienes a Figueres, adonde acudió también Aguirre procedente de Francia en un gesto de solidaridad con el Presidente Companys, a quien le había prometido «que en las últimas horas de su patria me tendría a su lado». ⁵⁴ Barcelona cayó en manos de los franquistas el 26 de enero. Los presidentes Aguirre, Companys, Negrín y Azaña, que hasta entonces habían convivido en la capital catalana, decidieron en Figueres con el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, cruzar juntos la frontera el 5 de febrero. Cuando Companys y Aguirre llegaron a la hora convenida a La Vajol, donde residía Azaña, fueron informados de que las autoridades republicanas ya habían salido sin esperarles. Más tarde, Azaña reveló que

también la victoria militar de Franco en los territorios que había «conquistado», entre los que se encontraba Euskadi. Irujo no quiso firmar el texto e informó a Aguirre que en adelante sería difícil que «Euzkadi y Cataluña actuaran juntas». Cif. el texto del memorándum de Batista y la reacción de Irujo en Mir, pp. 294-298.

⁵⁴ José Antonio Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Axular, Saint-Jean-de-Luz, 1976, p. 82.

el autor de esta decisión de adelantarse a los presidentes catalán y vasco había sido Martínez Barrio.⁵⁵ Negrín, quien regresó a pie a España tras acompañar a Azaña hasta el primer pueblo al otro lado de la frontera, se cruzó con Aguirre y Companys.⁵⁶ Así, en un nuevo acto conjunto de gran calado simbólico, los presidentes vasco y catalán emprendieron solos el camino hacia el collado de Lli para pasar la frontera al exilio.

4. Los vaivenes del exilio: de la solidaridad a la ruptura

Esta obligada huida al exilio, codo a codo, de los dos presidentes era el colofón simbólico de un periodo de estrecha cooperación, en el que el nacionalismo vasco y el catalanismo habían disfrutado de una sintonía política casi total. Este cuadro de solidaridad vasco-catalana, empero, pronto perdió brillo. En 1939, y ante las insalvables diferencias políticas entre la Esquerra y los comunistas del PSUC, el gobierno de la Generalitat quedó prácticamente disuelto, siendo su presidente Companys fusilado en octubre de 1940 tras haber sido capturado en Francia por los alemanes y entregado a los franquistas. Esta disolución había disgustado al presidente del Gobierno de Euskadi —la única institución multipartidista republicana que sobrevivió a la derrota militar—, puesto que significaba un paso atrás en su estrategia de acumulación de fuerzas entre las naciones periféricas.

A partir de este momento, el exilio catalanista quedó dividido entre el sector «legalista», partidario de la Generalitat y del Estatuto de 1932, por una parte, y los «autodeterministas», es decir, nacionalistas que abogaban por una superación del *statu quo* de 1932. Esta división se produjo incluso dentro de la Esquerra, sumergiendo al partido mayoritario en una gran crisis.⁵⁷ El lehendakari Aguirre y los nacionalistas vascos del PNV aposta-

⁵⁵ «Martínez Barrio no se había olvidado de Companys, pero como el séquito del Presidente de la Generalidad le pareció a Martínez Barrio demasiado numeroso y abigarrado, creyó mejor que no saliese en nuestra compañía. Citó a Companys en La Vajol, pero con una hora de retraso; así, cuando llegase, ya habríamos salido nosotros y él seguiría el mismo camino». Cf. la larga carta de Manuel Azaña a Ángel Ossorio, Collonges-sous-Salève, 28-VI-1939, publicada en Azaña, *Memorias políticas*, pp. 425-449, cita p. 447.

⁵⁶ Miralles, p. 307.

⁵⁷ Cf. Mercè Morales Montoya, *La Generalitat de Josep Irla i l'exili polític català*, Editorial Base, Barcelona, 2008, p. 186; aparte de este muy completo estudio de Morales Montoya, sobre el primer exilio catalanista se pueden consultar las obras de Víctor Cas-

ron desde el principio por el sector autodeterminista del catalanismo, liderado por el ex Conseller de Cultura Carles Pi i Sunyer, quien en julio de 1940 había constituido en Londres el «Consell Nacional de Catalunya» como órgano multipartidista llamado a suplir la pasividad a la que tras la ocupación alemana estaba condenado el otro Consell Nacional creado por el propio Companys en el exilio francés. Dado que Manuel Irujo había puesto en marcha en el mismo mes, también en Londres, el Consejo Nacional de Euzkadi con la misma finalidad⁵⁸, la capital británica cogió el relevo de Barcelona como escenario de la cooperación nacionalista vasco-catalana. El primer fruto de la misma fue en enero de 1941 una declaración conjunta de ambos Consejos dirigida al *Foreign Office*. El texto retomaba la línea soberanista de los memorandos de octubre de 1938, subrayaba el incondicional apoyo de las organizaciones vascas y catalanas a las democracias en su lucha contra el fascismo y hacía hincapié en el valor estratégico de ambos territorios para la democratización de la Península Ibérica y su incorporación a la Europa democrática tras el fin de la contienda bélica.⁵⁹

tells, *Nationalisme català a l'exili (1939-1946)*, Rafael Dalman, Barcelona, 2005; Francesc Vilanova, *Als dos costats de la frontera. Relacions polítiques entre exili i interior a la postguerra, 1939-1948*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001; María Llobart Huesca, *Les exilés catalans en France: histoire d'une résistance culturelle (1939-1959)*, Université Paris 8: Travaux et documents, 33-2006, Paris 2006; Daniel Díaz Esculies, *El catalanisme polític a l'exili (1939-1959)*, La Magrana, Barcelona, 1991; Joan Sauret, *L'exili polític català*, Aymà, Barcelona, 1979; Ernest Udina, *Josep Tarradellas. L'aventura d'una fidelitat*, Edicions 62, Barcelona, 1978; Javier Madariaga, *Josep Tarradellas o la reivindicació de la memòria (1899-1988)*, Pagès Editors, Lleida, 2003.

⁵⁸ En mayo de 1940, el lehendakari había sido sorprendido en Bélgica por la invasión del ejército alemán, lo que le obligó a pasar a la clandestinidad durante año y medio. Jesús María Leizaola, quien años más tarde sería oficialmente Vicelehendakari y, tras la muerte de Aguirre, su sucesor en la presidencia del Gobierno vasco, seguía en Francia después de la ocupación, encontrándose, por tanto, también condenado a la inactividad política.

⁵⁹ Sobre el Consejo Nacional de Euzkadi cf. Juan Carlos Jiménez de Aberásturi (ed.), *Los vascos en la II Guerra Mundial: El Consejo Nacional Vasco en Londres (1940-1944) (Recopilación documental)*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián, 1991; íbid., *Derrota*, pp. 297-348; y, recientemente: íbid. / Rafael Moreno Izquierdo, *Al servicio del extranjero. Historia del Servicio Vasco de Información (1936-1943)*, A. Machado Libros, Madrid, 2008, sobre todo capítulo II («Crisis en el exilio: los intentos fallidos de relanzar los "Servicios" desde Londres», pp. 237-367). Las mejores fuentes para el Consejo catalán son la correspondencia entre su fundador Pi i Sunyer y su miembro y político de Acció Catalana Republicana Pere Bosch Gimpera. Cf. Francesc Vilanova (ed.), *Viure el primer exili: cartes britàniques de Pere Bosch Gimpera i Carles Pi i Sunyer (1939-1940)*. Quaderns de l'Arxiu Pi i Sunyer, 2, 2.^a ed., Barcelona, 2004, y Carles Pi i Sunyer, *Memòries de l'exili*.

Sin embargo, pronto Aguirre se tuvo que dar cuenta de que la apuesta por el sector soberanista del catalanismo era muy arriesgada, ya que Pi i Sunyer no lograba imponer su liderazgo y cohesionar al exilio catalanista en torno a su Consejo. Éste había sido desautorizado por el Presidente Josep Irla y por Josep Tarradellas, que estaba emergiendo como el hombre más fuerte dentro de ERC y del exilio catalanista en general. Aguirre sabía que un catalanismo dividido y sin un órgano representativo nacional no le servía como aliado al Gobierno vasco. Por ello, el lehendakari decidió enfriar algo su apoyo a Pi hasta ver si un acuerdo entre los diferentes sectores del catalanismo era posible. Sólo cuando representantes del sector moderado del catalanismo decidieron entrar, en contra de la opinión tanto de Pi i Sunyer, como de Aguirre y de los nacionalistas vascos, en la Junta Española de Liberación (JEL), Aguirre decidió abandonar su actitud expectante y pasar a la ofensiva, volcándose en apoyo a Pi i Sunyer. Este giro era entendible, puesto que la JEL, creada en México por Diego Martínez Barrio, el último presidente de las Cortes, y por el dirigente socialista Indalecio Prieto, la auténtica *bestia negra* de los nacionalistas vascos, era un organismo manifiestamente legalista y constitucionalista que ponía en riesgo la estrategia soberanista que Aguirre y los nacionalistas vascos pretendían diseñar conjuntamente con sus socios catalanes. A juicio de Manuel Irujo, este posicionamiento de Aguirre llegó tarde. El navarro incluso achacó a esta tardanza y tibieza del lehendakari el hecho de que los moderados de ERC hubiesen decidido entrar en la JEL.⁶⁰ Tres semanas antes de recibir esta misiva crítica de Irujo, en febrero de 1944, el lehendakari se había dirigido a Pi i Sunyer, pidiéndole disculpas por su

El Consell Nacional de Catalunya (1940-1945), vol. I, Curial Edicions Catalanes, Barcelona, 1978. El análisis más reciente de la labor del Consell es el de Morales Montoya. Véase sobre todo el capítulo II: «La Generalitat clandestina de Josep Irla (1940-1944)», pp. 174-324.

⁶⁰ «Creo además con Pi y los suyos que, si tú hubieras mantenido tu posición inicial cerca del Consejo Nacional, Sbert no hubiera aceptado de Prieto y Barrios (*sic*) la credencial de representante de Cataluña, ni formaría parte de la Junta Española de Liberación (...) No siempre se acierta y creo que en este asunto equivocaste la ruta». Manuel de Irujo a José Antonio Aguirre, London, 8-III-1944, carta publicada en: Iñaki Goiogana / Xabier Irujo / Josu Legarreta (eds.), *Un nuevo 31. Ideología y estrategia del Gobierno de Euzkadi durante la Segunda Guerra Mundial a través de la correspondencia de José Antonio Aguirre y Manuel Irujo*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 2007, cita p. 658. En este compendio documental, que básicamente contiene correspondencia inédita hallada en el Archivo del Nacionalismo, se reproduce un gran número de cartas en las que se hace referencia a las relaciones entre nacionalistas vascos y catalanes entre 1939 y 1945.

largo «silencio», explicándole las razones del mismo e invitándole a tomar las riendas del exilio catalán mediante la transformación del Consejo en «Gobierno provisional de Catalunya».⁶¹ En el verano de 1944, Pi materializó esta propuesta de su mentor político vasco, aunque tampoco esta vez logró el apoyo de todos los grupos catalanistas, siendo desautorizado de nuevo por Irla.⁶² Así, Aguirre veía fracasar otra vez su deseo de contar con una institución nacional catalana unitaria, que, junto al Gobierno vasco y al *Consello de Galiza*, creado en noviembre de 1944 en Montevideo y constituido formalmente un mes más tarde en Buenos Aires, debía reactivar la vieja idea de *Galeuzca*. A juicio de Aguirre, esta alianza tenía que tener un carácter *nacional*, por lo que no servía una alianza entre partidos nacionalistas como la que, a finales de 1944, se había firmado en México y que fue desautorizada por el lehendakari.

Durante estos meses finales de la II Guerra Mundial, el máximo líder del nacionalismo vasco ya se encontraba plenamente sumergido en una fase de evolución estratégica que le iba a alejar poco a poco de su radicalismo soberanista practicado a partir de 1939. La inminente victoria de los aliados y la derrota del fascismo y de sus aliados abría, en opinión de Aguirre, un escenario esperanzador, en el que se presentarían nuevas oportunidades para los demócratas vascos y, en general, para todos los antifranquistas españoles. Para estar preparado y poder aprovechar esta nueva oportunidad, en el vocabulario del lehendakari existía una palabra clave, la palabra unidad: unidad entre los demócratas vascos, unidad entre vascos, catalanes y gallegos, y unidad entre todos los antifranquistas. Gracias a sus múltiples contactos con políticos españoles, europeos y americanos y a la luz de los efectos contraproducentes que había tenido la estrategia hegemónica y soberanista del lustro anterior, Aguirre había madurado la convicción de que la férrea insistencia en los planteamientos políticos maximalistas impedía el diseño de políticas unitarias, convirtiéndose objetivamente en un lastre de la política nacionalista. Esta convicción fue la base de su espectacular giro estratégico hacia el pragmatismo, la moderación y el intervencionismo en la política española.⁶³

⁶¹ José Antonio Aguirre a Carles Pi i Sunyer, New York, 14-II-1944, Archivo del Nacionalismo (AN), GE-467-2.

⁶² Morales Montoya, pp. 249-255.

⁶³ Ludger Mees, *El profeta pragmático. Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Alberdania, Irún, 2006, sobre todo pp. 211-253.

Uno de los efectos más inmediatos de este giro fue un replanteamiento de sus relaciones con las fuerzas catalanistas. Si había que recomponer la unidad del exilio catalanista, era necesario contar también con el sector moderado liderado por Tarradellas, a quien se acercaría a partir de enero de 1945⁶⁴ con un fin claro: facilitar la reconstitución del gobierno de la Generalitat. Este objetivo merecía incluso el sacrificio del Consell de Pi, máxime cuando Tarradellas contaba con un poderoso argumento para justificar la disolución de ese órgano: cuando Aguirre volvió en 1941 a la actividad política tras su *Odisea* clandestina por la Alemania nazi, exigió la disolución del Consejo de Irujo. ¿Porqué no había que exigir ahora también la disolución del Consejo de Pi y el reconocimiento de la Generalitat?⁶⁵ Finalmente, la mediación de Aguirre, quien mantenía buenas relaciones con todos los sectores del catalanismo —era el «padrino» de todos los catalanistas⁶⁶— fue decisiva:

L'acostament del govern basc a la Generalitat va ser un factor clau en la dissolució del Consell de Londres. Sense el suport d'Aguirre, aquest perdia representació i força. (...) Ara, Aguirre advocava per un enteniment definitiu entre Pi i la Generalitat, i Pi li va assegurar que estava disposat a pactar.⁶⁷

A la vez de impulsar la unidad del catalanismo en el exilio, el dirigente vasco se volcó también en un gran esfuerzo mediador entre los diferentes sectores del republicanismo español con el fin de reconstituir el Gobierno republicano en el exilio, ya que estaba convencido de que sólo unas instituciones republicanas fuertes y cohesionadas podrían facilitar una intervención militar de los aliados en España contra Franco.⁶⁸ Finalmente, el lehendakari consiguió su doble objetivo en el verano de 1945. Aguirre, que era prácticamente el único político republicano respetado por todas y cada una de las diferentes fracciones enfrentadas del republicanismo, llegó a controlar entre 1945 y 1947 buena parte de la política del reconstituido Gobierno republicano presidido primero por el republicano José Giral y después por

⁶⁴ «A final de gener [de 1945], la política basca d'aliances va començar a inclinar-se cap al sector legalista». Cf. Morales Montoya, p. 402.

⁶⁵ Carta de J. Tarradellas a J. Sauret, París, 2-IV-1945, citada *ibid.*, p. 405.

⁶⁶ «Usted es nuestro padrino». Así se expresó el dirigente de ERC Jaume Miravittles en una carta de febrero de 1944 a Aguirre; documento en AN, EBB-504-13.

⁶⁷ Morales Montoya, p. 406.

⁶⁸ Mees, *Profeta*, pp. 95-157.

el socialista Rodolfo Llopis. Manuel Irujo, que había regresado como ministro al Gobierno, actuó como la mano derecha del lehendakari. Casi paralelamente a la constitución del Gobierno republicano se llevaron a cabo los preparativos para la formación del primer gobierno de la Generalitat en el exilio bajo la presidencia de Josep Irla, un hecho que se materializó en septiembre de 1945. La relativamente buena situación económica del Gobierno vasco en estos primeros años del exilio permitía aumentar aún más la influencia política de Aguirre y su gobierno. Así sabemos que la refundada Generalitat bajo la presidencia de Josep Irla pudo sobrevivir durante los primeros años sobre todo gracias a unos préstamos concedidos por el Gobierno vasco por el valor total de 2.000.000 de francos franceses.⁶⁹

Sin embargo, cuando en 1948 la frágil unidad de las fuerzas catalanas en el exilio se quebró por los nuevos enfrentamientos y se produjo la disolución del gobierno de la Generalitat, Aguirre recibió de nuevo un duro golpe político por parte de los que él consideraba sus aliados naturales. Esta disolución del gobierno catalán adquirió un significado especial en un momento, en el que el líder socialista Indalecio Prieto había intensificado su campaña contra el Gobierno republicano, al que consideraba un obstáculo en su estrategia de establecer un pacto con los monárquicos anti-franquistas. Si los catalanes se sumaban con su decisión de facto a la campaña de Prieto —así razonaba Aguirre—, la presión de éste contra el Gobierno vasco y su continuidad aumentaría aún más.

A partir de este momento las relaciones entre los nacionalistas vascos y los catalanistas empezaron a empeorar drásticamente. Lejos quedaba la solidaridad de 1938 y 39. La fuente, no la única pero, sin duda, la principal, de este empeoramiento fue Josep Tarradellas quien, como ya hemos indicado, se había erigido en el hombre fuerte de ERC y del exilio catalanista bastante antes de que fuera formalmente elegido como sucesor de Irla en la presidencia de la Generalitat en 1954.⁷⁰ Tarradellas, con un carácter y un ego al menos tan fuertes como el del presidente vasco, se sintió maltratado por los nacionalistas vascos. Su orgullo quedó profunda-

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 217 s.; Morales Montoya, pp. 826-859.

⁷⁰ Probablemente se puede considerar el Congreso que ERC celebró en Toulouse en junio de 1945 como el momento histórico que marcaría la consolidación del liderazgo de Tarradellas. En este congreso, el sector *legalista* logró que Pi i Sunyer y sus seguidores aceptaran la legalidad republicana como punto de partida de la política del partido, facilitándose así la ya mencionada disolución del Consell de Londres y la reconstitución del Gobierno de la Generalitat en el exilio.

mente herido al constatar a diario la gran influencia política de Aguirre y su gente. No soportó depender económicamente del Gobierno vasco y le enfureció el hecho de que el Gobierno vasco había exigido la devolución del préstamo nada más decidirse la disolución del gobierno de la Generalitat, lo que Tarradellas interpretó, no sin razón, como represalia y chantaje. A partir de este momento hizo todo lo que estaba en sus manos para torpedear cualquier acción común o coordinación con el nacionalismo vasco, primero dentro del Gobierno republicano y más tarde suspendiendo el pacto entre ERC y PNV («Pacto de Montpellier»⁷¹). Cada vez que Tarradellas hablaba sobre los vascos y sus líderes, no dejaba títere con cabeza criticando su entreguismo al republicanismo español, su falta de estrategia política, su arrogancia prepotente («Los catalanes hemos sido reducidos por los vascos a la categoría de parientes pobres»), así como su falta de escrúpulos a la hora de utilizar el dinero como instrumento para la coacción política. Como botón de muestra he aquí el extracto de un protocolo confidencial de una reunión entre Tarradellas y varios líderes nacionalistas vascos de noviembre de 1949, en la que el dirigente catalán se niega a apoyar al Gobierno republicano de Álvaro Albornoz y recuerda los tiempos de solidaridad vividos en Barcelona durante la última fase de la guerra. Merece reproducir una parte de este texto confidencial con cierta extensión, ya que demuestra con claridad que el máximo líder del catalanismo en el exilio ya había abandonado por completo la tan querida idea de la solidaridad vasco-catalana para sustituirla por la reafirmación de la singularidad catalana y la ruptura —cargada de rencor— con los vascos:

⁷¹ En el Pleno que ERC celebró en octubre de 1947, los representantes del PNV (Manuel Irujo, ex ministro del Gobierno republicano; José María Lasarte, consejero del Gobierno vasco; Julio Jauregui, diputado y Secretario General del EBB) firmaron el siguiente acuerdo con la dirección de ERC:

(Los dos partidos) convienen en que la situación política española y que la complejidad de los delicados problemas que presenta hacen más imperativa que nunca la persistencia y la vigorización de la amistad y acción concertada entre vascos y catalanes, y constatando la coincidencia fundamental de principios y objetivos, acuerdan que ante las contingencias previsibles en que la mencionada situación puede desarrollarse, los dos Partidos, antes de adoptar resoluciones concretas con referencia a las mismas, celebren consultas previas encaminadas a concertar su acción política.

Cf. la copia del texto del acuerdo, traducido del órgano de ERC *La Humanitat*, 30-X-1947, en AN, K-646-1. La versión catalana en Morales Montoya, pp. 750 s.

Catalanes y vascos vivimos en absoluta insolidaridad. Los pactos de solidaridad son letra muerta. No sirven para nada. Los catalanes somos para los vascos los parientes pobres. Desde hace varios años, esta insolidaridad es la norma de nuestra relación, salvo excepciones intrascendentes y sin otro valor que el literario de su expresión. Los vascos se consideran con derecho a imponernos su criterio, a intervenir en nuestra vida interior y a coaccionarnos cuando no nos prestamos a seguir el camino que nos trazan. Los catalanes acordamos disolver el Gobierno de la Generalidad, reduciendo la institución a su presidente. Teníamos derecho perfecto a ello. Pero a los vascos, a su política, no les convenía. Y acordaron oponerse. Y nos hicieron presión. Y cuando no les bastó la presión normal, acudieron a otra que no tiene nombre. Nos habían facilitado unos fondos. Esto, entre nosotros, no era cosa nueva. Cuando en Barcelona, en momentos más difíciles para los vascos, éstos necesitaron fondos, fuimos nosotros los que se los facilitamos, por valor de varios millones de pesetas, que no han pensado los vascos en devolver. Sin tener en cuenta este hecho, sin hacer caso de nuestros compromisos de solidaridad, cuando vieron que no nos hacían mella sus presiones, acudieron a otra. A los tres días [...] de disolver el gobierno, nos pasaron la cuenta del préstamo que nos habían hecho. De manera que, ya no es la fuerza de los argumentos, ni la presión de nuestra amistad, sino la palanca del dinero la que fue movilizada para forzarnos a seguir la línea política suya. Y eso es francamente intolerable. Eso no lo puede aceptar nadie. Y desde luego, eso lo rechazamos los catalanes indignados. Cataluña se ha movido siempre sola, y contra todos. Cataluña obtuvo lo que obtuvo por su propia fuerza, sin mendigar apoyos ajenos. Cataluña volverá a tener satisfacción a su derecho por su fuerza propia. No nos hace falta apoyo de nadie, como no nos hizo antes. Si podemos, dignamente, disponer de la fuerza de la solidaridad vasco-catalana, tanto mejor. Pero, al precio de ser esclavos de los caprichos vascos, no estamos dispuestos a proseguir por este camino.

[...] Los vascos son los parientes ricos, y se creen con derecho a imponer su criterio y a violentar nuestra actuación. Y eso no lo podemos aceptar ni lo aceptaremos de ninguna manera. Nos iremos a hacer una política nacional catalana, [...] y les dejaremos a los vascos con Alborno. [...] Los republicanos españoles no representan nada. Son una colección de personajes desacreditados, tras los cuales no hay nada. Son una tertulia.⁷²

No se sabe muy bien a lo que se refiere Tarradellas cuando menciona los fondos de «varios millones de pesetas» «facilitados» en Barcelona por

⁷² Informe anónimo, titulado «Relaciones vasco-catalanas», 20 y 21-XI-1949, Fondo Manuel Irujo, 68-2.

la Generalitat y no devueltos por el Gobierno de Euskadi. Él era, sin duda, como responsable de la Consejería de Servicios Públicos, Economía y Finanzas de la Generalitat, la persona que más información manejaba sobre este tema. Sin embargo, en la documentación disponible no consta ningún tipo de préstamo de la institución catalana al Gobierno vasco⁷³, por lo que muy probablemente se trata de una referencia a los recursos monetarios puestos al servicio de la administración vasca para poder atender a los refugiados. También las facilidades para el usufructo de locales, pisos u otros inmuebles podrían haber estado en la mente del político catalanista como servicios prestados de forma altruista sin recibir contrapartidas. Sea como fuere, Tarradellas habló en serio cuando en otra reunión con Irujo dos años más tarde vaticinó que «aquello de los vasco-catalanes se ha terminado. En adelante habrá, de una parte catalanes, de otra vascos».⁷⁴

Durante el resto del exilio, las relaciones entre catalanistas y nacionalistas vascos nunca recuperaron la cercanía de los tiempos de Barcelona. Posteriormente, tras la muerte del dictador, los esfuerzos por superar esta lejanía y frialdad, tuvieron algunos resultados puntuales como la «Declaración de Barcelona» (1998)⁷⁵ o la coalición electoral *Galeusca* en las elecciones europeas de 2004. Sin embargo, un análisis de este periodo

⁷³ Todavía no contamos con un buen estudio específico sobre la financiación del Gobierno vasco en el exilio. Arrien / Goigana (pp. 334-336) citan documentos sobre los gastos, pero faltan datos sobre los ingresos. Sabemos que contaba fundamentalmente con tres fuentes de financiación: a. las aportaciones del Gobierno republicano que en febrero de 1937 había abierto una cuenta de crédito a favor del Presidente Aguirre como representante del Estado en Euskadi por 250 millones de pesetas para hacer frente a los gastos ocasionados por la guerra; b. actividades económicas y comerciales del propio Gobierno vasco como el comercio con mineral de hierro o la creación de empresas en el extranjero; c. créditos bancarios: según Jiménez Aberasturi, *Derrota*, p. 69, en Barcelona el Consejero de Hacienda consiguió un crédito de 7 millones de pesetas del Banco de Vizcaya, pese a la prohibición del Gobierno central. Además, el Consejero de Hacienda de la Torre, quien mantuvo una tensa relación de enfrentamiento político y personal con el Presidente Negrín, logró evacuar a través del Banco de España a Valencia buena parte del tesoro público vasco poco antes de la caída de Santander, por lo que tenía un cierto margen de maniobra financiera cuando el Gobierno vasco se trasladó a Barcelona.

⁷⁴ Cf. el protocolo de una reunión con J. Tarradellas, reproducido en una carta de M. Irujo a J. Tarradellas, París 9-III-1951, Arxiu Montserrat Tarradellas i Macià, Fondo Gobierno vasco.

⁷⁵ Sobre la «Declaración de Barcelona», cf. José Luis de la Granja, «Las alianzas políticas entre los nacionalismos periféricos», en: *ibid.* / Justo Beramendi / Pere Anguera, *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Síntesis, Madrid, 2001, pp. 253-264, especialmente pp. 261-264.

histórico más reciente demostraría probablemente que la dialéctica entre fases de cercanía y lejanía se ha mantenido hasta la actualidad.⁷⁶ Así, se confirmaría la tesis de Enric Ucelay para una época previa en la que no se produjo «una verdadera confluencia entre los nacionalismos catalán y vasco», estableciéndose tan sólo «una secuencia de encuentros coyunturales, donde unos y otros se imaginan al contrario en función de sus propias necesidades».⁷⁷

⁷⁶ Aquí sólo un ejemplo reciente que refleja la dificultad de diseñar una estrategia política común entre nacionalistas vascos y catalanes: en octubre de 2008, el PNV ayudó al Gobierno de Rodríguez Zapatero a aprobar los presupuestos, torpedeando así la estrategia de los grupos de oposición, entre ellos Convergencia i Unió y ERC, dirigida a forzar una devolución de los presupuestos como medida de represalia por la insuficiente financiación de la autonomía catalana por parte del Gobierno central.

⁷⁷ Enric Ucelay da Cal, «Política de fuera, política casera: una valoración de la relación entre nacionalistas catalanes y vascos (1923-1936)», en Manuel Tuñón de Lara (dir.), *Gernika: 50 años después (1937-1987). Nacionalismo, República, Guerra Civil*, Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1987, pp. 71-97, cita p. 73.